

venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas elocuentes de la tierra.—Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostarase temprano; que, el viaje que ayer hizo de Candaya, no fué tan corto que no haya causado algun molimiento.—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malabruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así, sin mas ni mas.—Á eso, se puede imaginar, respondió la duquesa, que, arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi, y compañía, y á otras personas, y de las maldades que, como hechicero y encantador, debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y, como á principal, y que mas le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño; que, con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha.” De nuevo, nuevas gracias dió Don Quijote á la duquesa; y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento, solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: ¡tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera, se desnudó; y, al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él, por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y, escribiendo, dijo: ¡Oh pobreza, pobreza! ¡no sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte *dádiva santa desagradecida!* yo, aunque moro, bien sé, por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo eso, digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores Santos: *Tened todas las cosas como si no las tuviédes;*—y á esto llaman *pobreza de espíritu:* pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente? ¿por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos):—y prosiguió: ¡Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo

hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago!—Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez. Mató las velas; hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin; y, al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente; levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oír estas razones:

“No me porfies, ¡oh Emerencia! que cante; pues sabes que, desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto mas, que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí, por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida.—No dés en eso, Altisidora amiga, respondieron; que sin duda, la duquesa, y cuantos hay en esta casa, duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al són de tu arpa; y cuando la duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace.—No está en eso el punto, ¡oh Emerencia! respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon:” y en esto, comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual, quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leído. Luego imaginó, que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y, encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música; y, para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

"¡Oh tú, que estás en tu lecho,  
entre sábanas de holanda,  
durmiendo á pierna tendida  
de la noche á la mañana!

¡Caballero el mas valiente  
que ha producido la Mancha,  
mas honesto y mas bendito  
que el oro fino de Arabia!

Oye á una triste doncella,  
bien crecida y mal lograda,  
que en la luz de tus dos soles  
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,  
y ajenas desdichas hallas;  
das las heridas, y niegas  
el remedio de sanarlas.

Díme, valeroso jóven,  
que Dios prospere tus ansias,  
si te criaste en la Libia,  
ó en las montañas de Jaca;

Si sierpes te dieron leche;  
si á dicha fueron tus amas  
la aspereza de las selvas  
y el horror de las montañas.

Muy bien puede Dulcinea,  
doncella rolliza y sana,  
preciarse de que ha rendido  
á una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa  
desde Henares á Jarama,  
desde el Tajo á Manzanares,  
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,  
y diera encima una saya  
de las mas gayadas mias,  
que de oro la adornan franjas.

¡Oh, quién se viera en tus brazos,  
ó, si no, junto á tu cama,  
rascándote la cabeza  
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna  
de merced tan señalada:  
los piés quisiera traerte,  
que, á una humilde, esto le basta.

¡Oh, qué de cofias te diera,  
qué de escarpines de plata,  
qué de calzas de damasco,  
qué de herreruelos de holanda!

¡Qué de finisimas perlas,  
cada cual como una agalla,  
que, á no tener compañeras,  
*las solas* fueran llamadas!

No mires, de tu Tarpeya,  
este incendio que me abrasa,  
¡Neron manchego del mundo!  
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna;  
mi edad, de quince no pasa;  
catorce tengo, y tres meses,  
te juro en Dios y mi ánima.

No soy renca, ni soy coja,  
ni tengo nada de manca;  
los cabellos, como lirios,  
que, en pié, por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguiluña,  
y la nariz algo chata,  
ser mis dientes de topacios,  
mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz, ya vés, si me escuchas,  
que á la que es mas dulce iguala,  
y soy de disposicion  
algo menos que mediana.

Estas, y otras gracias mias,  
son despojos de tu aljaba:  
desta casa soy doncella,  
y *Altisidora* me llaman."

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: "¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de